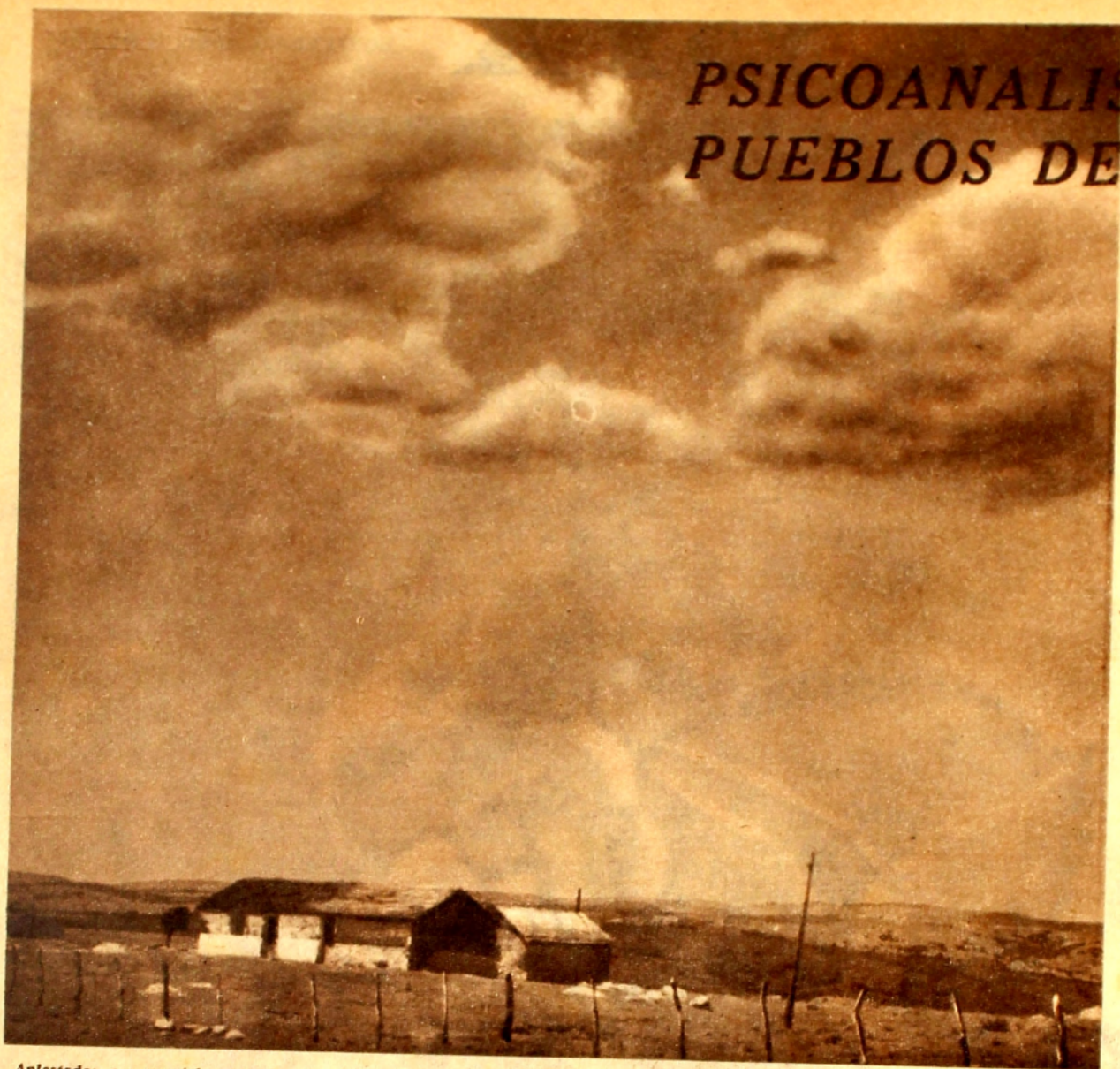


PSICOANALISIS DE LOS PUEBLOS DE CAMPAÑA



Aplastados por un cielo vengativo los últimos ranchos del pueblo se enfrentan con el silencio irremediable y la definitiva soledad.

PARA conocer bien el país natal no hay como viajar por el mundo. La temporal proscripción impuesta por el viaje remueve la sensibilidad y aguzla la inteligencia, suscita nostalgias constructivas, enseña a querer el terruño y a comprender sus defectos y virtudes.

Fue en el extranjero donde nació la vocación sociológica de Gilberto Freyre, el gran ensayista brasileño.

Fue también a mi paso de barojiano "hombre humilde y errante" por las aldeas y campos europeos que advertí, como a la luz de un relámpago, el lacerado signo de nuestros pueblecitos rurales.

Iba yo por la campiña toscana, costean-do el río Arno, entre árboles sombríos y plateados. Una armonía preestablecida, de mónada leibniziana, ordenaba el paisaje. Todo estaba en su lugar: los olivos venerables, los cipreses agudos, los caminos antiguos, las viviendas patinadas por los años y por el sol.

El canto de los pájaros descendía sobre los trabajos de los hombres; el humo de los caseríos levantaba sobre los sembrados sus torrecillas azules. Una invisible secuencia unía con un hilo de eternidades el legado de Etruria y de Roma a las primicias otoñales de la Italia contemporánea. Temblaba el tiempo como una estrella carnal sobre aquellos campos aporcelanados, pulidos, simétricos, que destilaban, sin embargo, un casi humano rezumo de espontaneidad y gracia como no he visto en ningún otro rincón del Viejo Mundo.

Y coronando las colinas, al pie mismo de los cielos, a la vera florida de los huertos, brotaban las aldeas, las poblaciones, los ramilletes de viviendas, las pléyades arquitectónicas. Estaban donde debían estar: coherentes, orgánicas y organizadas, confirmadas por el paisaje, vivificadas por la sangre de gentes sencillas y eficientes, de seres autárquicos y empíricos, de par-sanos hermanados por una misión y una tradición.

Bien sabía yo que no todo era allí eglógico. Se escondían bajo los techos centenarios, como en todos los sitios habitados por la atormentada criatura de Jehová, miserias, explotaciones del semejante, egoísmos, desmesuras, descontentos, mentiras y crueldades. Pero no era con juicios de valor ético que yo sopesaba el panorama sino que lo contemplaba con espíritu geográfico, con fruición estructural. Existía un equilibrio evidente entre la obra cósmica y la obra antropológica; los hombres estaban asentados en sus verdaderos centros económicos y sociales, en sus arrecifes exactos, en sus puntos de apoyo necesarios.

Entonces cerré los ojos y mientras el ferrocarril bordeaba la ribera del río toscano, contemplé con las pupilas del alma a los pueblos uruguayos cercados por la soledad, desamparados en los potreros planetarios, enquistados en un horizonte monótono, aplastados por un cielo vengativo. Y volví a ver sus calles polvorientas,

andariveles del viento desnudo y la lluvia tediosa; sus veredas cubiertas por lamparones de musgo y cebaduras de mate ahito; sus casonas descascaradas, enseñando bajo las encías de la cal las cariadas sonrisas del ladrillo; sus plazas sin flores, sus cementerios ruinosos, sus comisarias malolientes, sus prostibulos lúgubres. Volví a sorprender los mismos fatigados rictus en los mismos y repetidos rostros humanos, en los mismos labios burlones, en las mismas cejas agresivas, en las mismas mejillas resacas; volví a penetrar en los oscuros almacenes de "ramos generales", con olor a oveja, a creolina, a humedad; volví a conversar con la maestra derrotada, con el médico estoico, con el caudillo venal, con el remendón borracho, con el cura quejumbroso.

Y sin quererlo sentí un cariño doliente por los pobres olvidados pueblos de mi patria, por sus esperanzas lisiadas, por sus civilizaciones detenidas, por sus energías marchitas.

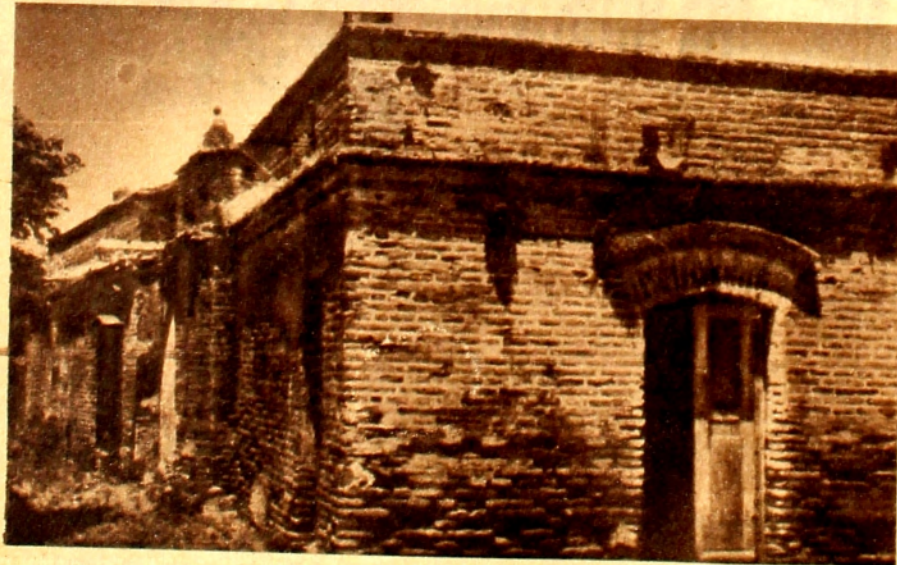
Pensé contar algún día la historia de nuestros pueblos camoesinos, describir su morfología híbrida, exhumar sus tipos humanos, hablar de sus mañanas abortas, de sus tardes pesarasas, de sus crepúsculos taciturnos, de sus noches nirománticas, tan bien captadas por Martínez Estrada.

Dice, en efecto, el autor de la *Radio-grafía de la Pampa*, que "la noche es la hora adecuada de esos pueblos silenciosos, entredormidos, saturados de tuiuria, codicia y rencor". "Las luces de las casas y de los lejanos ranchos brillan como estrellas, a distancias telescópicas. Más lejanos que esas luces se oyen silbidos de animales inexistentes y misteriosos: sonidos finos y sutiles que embebe el tímpano como una droga soporífera. La llanura que de día pareció no existir recobra de noche una vida lejana, atenuada, persuasiva. Se puebla y se enriquece y cuesta trabajo no creer en las almas en pena. Esas voces hionóticas son las voces de la sombra y el sueño que invitan a dormir y a morir. Son los equivalentes de los crujidos nocturnos de los muebles, con que nos ponemos en contacto con fuerzas desconocidas del mundo; pero mucho más delicadas, infinitamente más penetrantes y que apenas dan miedo. Deleita escucharlas sin que se quiebren en el oído, recogiendo con toda la fuerza con que las emite la soledad, que mediante ellas adquiere su sentido perfecto.

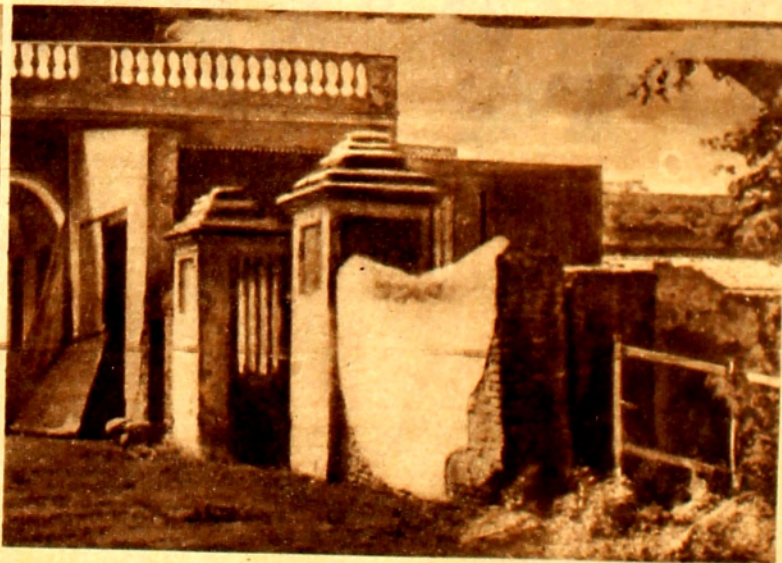
Este miedo de la noche queda oreado a las casas al amanecer. Lo que tienen de tristes y hostiles se comanda recordando que el día es un paréntesis de la noche, el descanso de la fecunda noche."

Lo que va a leerse es el amargo tributo que rindo a la nocturnidad de esos pueblos; de esos pueblos que conozco mucho por haber respirado la pesada atmósfera de sus bodegas morales, por haber vivido en sus microcosmos corrosivos de petulan-cia, envidia y desolación.

Hay en nuestro país dos especies de pueblos rurales. Unos, los del sur, son las sucursales demográficas de Montevideo, la



Casonas coloniales enseñan bajo las encías de la cal las cariadas sonrisas del ladrillo.



Abandono, polvo, ruina, viejos corralones tediosos, yuyos empecinados: he aquí la cotidiana imagen del cansancio, el permanente signo de la desolación.

olución de los problemas de la vivienda y del aire sucio. Están en permanente contacto con la capital; poseen buenos caminos de diástole y de sístole; sus pobladores —casi todos "abonados" al ómnibus o al motocar— disfrutan de variados y abundantes medios de transporte. Toledo, La Paz, El Sauce, Santa Rosa, Libertad y otros muchos pueblos y villas meridionales forman de este modo la diadema suburbana o *rurbera*, para emplear un término de cuño yanqui, de la gran ciudad.

Otros los del norte, los del centro, los del este, configuran un tipo distinto.

No son más el campo puro aunque el campo los circunde. No son los remanentes ni los remedos de la ciudad aunque en algunas de sus instituciones y faunas administrativas se vislumbren signos cabalísticos de la ciudad lejana.

Están a mitad de camino entre el silencio de los pastizales y el clamor colectivo de los hombres y máquinas que día logan en la urbe.

Han perdido la inocencia natural de las cuchillas sin alcanzar la perversa dialéctica de la inteligencia cultivada. No viven casi; resueñan como toros moribundos; duermen como oscuros lirones, con breves pausas de vigilia; abren a veces tamaños ojos de buho, entre dos períodos de sueño.

Están al margen, en la periferia de las cosas. El ferrocarril, cuando lo hay, los sobrecoge de tarde en tarde con su estrepito de hierro, concita turbas endominadas en las mágicas estaciones, los ilumina con gavillas de chispas, y luego parte, inevitablemente, hacia las ciudades fabulosas.

Pero lo común es que sólo cuenten con caminos enlodados en invierno y sedientos en verano, que los suturan —débiles puntos suspensivos— a las capitales del interior.

Las vías de comunicación no restañan su soledad infinita. Esos pueblos son boledas doradas sin tanto pérdidas en la vasta penillanura; son rescoldos recalcitrantes de una hoguera abortada; son voces que se estiran en las sombras, como el llanto gangoso de un acordeón.

Dirías, al ver sus casas sórdidas, sus calles desaparejas, sus corralones llenos de moscas verdes, sus baldíos indolentes, que cesaron en su intento edificatorio antes de haber llegado a la meta procurada; que son niños envejecidos antes de crecer; que son ancianos pueriles.

Nacieron al calor de una estación, en el cruce de dos sendas, alrededor de un boliche, junto a una capilla, a veces por decreto del "Superior Gobierno", otras, en los límites de un obstáculo: la frontera, un río, el fin de la jornada de las carretas.

Pero no surgieron de adentro para afuera como la aldea europea, que constituye un núcleo humanizado con protoplasma agrario y pseudopodios viales. Cayeron en sus emplazamientos como polvo de otro mundo, como borras del viento y la distancia. Son de carácter centripeto, residual. Recogen las escorias humanas del campo, a los que ya no le tienen cariño al pago agreste, a los que carecen de la audacia necesaria para lanzarse al torbellino de la gran ciudad. Y la gran ciudad también los abastece con dos surtes de hombres: los fracasados, tipos que comparte con el campo, y los apóstoles, productos netamente urbanos.

El fracasado no puede salir del sumidero. Advino maldiciendo al terruño avaro y al te rateniente doloso, o se desplomó de la urbe, como el Mujiquita descrito en "Doña Bárbara" por Rómulo Gallegos. El ambiente del pueblo lo retiene y aprisiona, lo envuelve con su chato oficio de embotamiento, de maledicencia, de comadreo, de alcohol.

El apóstol, en cambio, viene por su voluntad.

Ya es la maestría llena de ilusiones aparecida una mañana de sol tranquilo, amplía la sonrisa y tímido el gesto, que debe lidiar de inmediato contra la lengua de las solteronas apostadas tras las persianas, contra el funcionario público libidinoso e insinuante, contra el almacenero violento y soez, contra el alumno de bigote incipiente y ojos faunescos, contra el vecindario rudo y cicatero.

Ya es el médico evangélico que desestima la especialización tarifada de Montevideo y busca en las reglas hipocráticas del aire puro y la caridad ardiente la verdad olvidada por los colegas que operan en los bolsillos antes que en las vísceras.

Ya es el simple mortal que cree en la serenidad aldeana, en las virtudes simples de la *aurea mediocritas* y se viene con su hato de sueños a celebrar su última cena entre once lúdas y un solo varón iusto.

A casi todos estos apóstoles los devora la ciénaga; el virus de la indolencia los

infecta, los gangrena, y, finalmente, los entierra en la fosa común. La masa amorfa prima sobre los individuos egregios; la vulgaridad los cubre con sus pinceladas de brocha gorda, de pasión espesa, de sebo letal. Las almas recias aguantan hasta el fin: perecen o emigran. Pero los débiles pierden la batalla; a veces por resistir en castillos interiores se fosilizan y oxidan; otras, por llevar los cántaros a la fuente, se disgregan y evaporan.

Evaporación, ésta es la palabra. El pueblo es una charca mefítica que se evapora de continuo. La costra del salitre señala los niveles descendientes, las sales se adensan, las aguas se endurecen, los corazones se encogen como frutos sin riego.

Cada pueblito tiene su clase aristocrática —funcionarios, comerciantes fuertes, hacendados, profesionales— que vive en el casco urbano y concurre al Centro Social; otra clase, imprecisa, fluctuante, crepuscular, amotina a los artesanos menudos, a los chacareros alcañanes y a los jornaleros fijos para fundar un anticentro, un club democrático y deportivo y, como cauda trágica, existe una plébe radicada en el suburbio, en el inevitable ranchario de mate y taba, de boliche y bailongo, de compadrazgo y truhanería.

Los elementos masculinos de la clase "alta" hacen escapadas furtivas al primer proletario donde una sabrosa doncellez se demora o donde una celestina organiza loterías de cartones o faldas. Todos los muchachos, en el turno iniciático de los quince años, conocen los ritos secretos de la "casa mala", del lenocinio embozado en el bajo, sede de las luces rojas, de las guitarras turbias, de la carne triste.

Tras las persnerías jurídicas se esconden las timbas clandestinas y las calaveras rufianescas. No hay nada que no se sepa o no se crea saber; en las tertulias de gente aburrida —siempre la misma gente, siempre el mismo aburrimiento— se despluman las reputaciones como si fueran pardices y apodos llenos de ponzoña califican a la matrona dadvoca, al marido infiel, al efebo reincidente, a la virgen simulada.

Las relaciones se anudan o se desatan formando constelaciones inestables: amigos ayer, enemigos hoy, amigos nuevamente mañana. Y son las mujeres las que ofician de sacerdotisas en este juego de agasajos y desaires, en esta tómbola de afectos y desafectos.

Lo que se hace en un extremo del pueblo repercute en el otro; la bondad y el altruismo no interesan; sólo se saludan con alborozo los tropiezos, las riñas, las enfermedades y los velorios, las caídas de los mirlos blancos en la picota pública.

Todo es pequeño, mezquino, oblicuo. Todos se conocen o suponen conocerse demasiado. Todo surede con desesperante ritmo de pantalla lenta, de novela de Marcel Proust.

En cada pueblo hay un loco, un dramaturgo fallido que lee a Florencio Sánchez, un iluso que funda un periódico "para bien" son infaltables el agitador finisecular que atruena con las consignas de Kropotkin, la ninfomana obsecuente, el Don Juan melenudo. Estos son los inadaptados, los revolucionarios, las ovejas negras que practican a la vista y paciencia de la pa-



Tras la plaza abandonada, llena de hierbas y melancolía, una iglesia —la inagotable y vetusta iglesia— levanta su índice de Bautista rural.

rra lo que en el mundo subterráneo de la misma se admite o tolera.

En cambio nadie se asombra de las extorsiones de los caciques, de la niña analfabeta, del hambre que consume al pobre, de los comisarios coimeros, de los comerciantes que chupan la sangre a las familias menesterosas alquilándoles tugurios en el cinturón de latas y pulgas que circunvala al pueblo.

¿Cómo sacar a estas comunidades de la postración en que vegetan? ¿Cómo elevar su punto de mira moral, cómo sanear sus aguas corrompidas?

Uno de los remedios es el de la educación: más escuelas, más y mejores maestros, más liceos, más institutos agrarios. Otro es el de la comunicación: más carreteras y caminos decorosos, más noticias e instrumentos técnicos de la ciudad.

El último, el más importante, es el de la justicia social: reinstalar a los pueblos mal ubicados; fraccionar la gran propiedad; crear huertas familiares; otorgar créditos a los pequeños productores; fomentar

el espíritu cooperativo; terminar con los acaparadores e intermediarios; construir adecuadas viviendas económicas; castigar a los funcionarios rapaces; luchar contra el juego, el alcoholismo y la prostitución; descongestionar económica y demográfica-mente la gran capital; reducir la burocracia; instituir un servicio profesional obligatorio para la campaña; enseñar a vivir y a convivir.

Pero este capítulo está en manos de los gobernantes. Yo, que sólo soy un escritor y un testigo, me limito a describir y a interpretar, a pedir justicia y a despertar conciencias.

Y mientras tanto, patria adentro, los pequeños pueblos sin historia padecen y esperan una quimérica redención. O tal vez no esperan nada: indiferentes, amodorrados, encañecidos por el sol de bruces sobre la madre tierra, siembran a los cuatro vientos la ceniza banal de su destino.

Daniel D. VIDART.

(Especial para EL DIA).



En la guitarra de la siesta bordonean los dedos del sol. Y la careta lenta entra en el pueblo lento, aletargado, cegado por la luz, ensordecido por la tierra.